

CRECER EN SER JESUITA RELIGIOSO INSERTO EN UN CUERPO APOSTÓLICO SACERDOTAL

Luis Arturo Macías Medina, S.J. (MEX)
*Estudios de Teología,
Collegio Internazionale del Gesu, Roma*

Premisa General

La Compañía de Jesús en la última Congregación General actualizó su misión en estos términos: «la defensa y propagación de la fe, que nos haga descubrir nuevos horizontes y llegar a las nuevas fronteras sociales, culturales y religiosas que, por ser fronteras –recordaba el Padre General Adolfo Nicolás en sus palabras de saludo al Papa- pueden ser lugares de conflicto y tensión que ponen en peligro nuestra reputación, tranquilidad y seguridad¹. Es importante subrayar que el principio integrador de nuestra misión es el servicio de la fe, y este principio nos permitirá estar en las nuevas fronteras y tratar las varias tensiones que en ellas se generen en las distintas actuaciones: apostólicas, misioneras, sacerdotales y comunitarias, de nuestra Compañía.

En este marco, *los escolares en formación, tanto hermanos como sacerdotes, participamos y compartimos con los jesuitas formados, la llamada al seguimiento de Jesús como opción fundamental, y por esta llamada nos incorporamos al cuerpo universal y a la misión de la Compañía desde el momento de entrar al noviciado.* Hay que tener en cuenta que nuestra formación es para la misión y no para otra finalidad futura. Esto significa que participamos de todas y cada una de las dimensiones que el servicio de la fe comprende, a través de los diversos ministerios que la Compañía ha ejercitado a lo largo de

su historia, y que son permitidos dentro del marco establecido por la Iglesia. En resumen, nuestra incorporación como escolares en formación no es todavía de carácter apostólico directo, como el de los jesuitas profesos, sino de identificación con la Compañía, es decir, de prepararnos para la misión futura y para un destino concreto dentro de esa misión.

El proceso de la formación en la Compañía de Jesús, por medio de cada una de las etapas, busca la identificación con las dimensiones de nuestra misión (CG 45, 1): el noviciado tiene como finalidad la identificación con el seguimiento de Jesús pobre y humilde, al modo de la Compañía, a fin de que el novicio al concluir ésta etapa, selle la confirmación con un seguimiento total a través de los votos evangélicos. La etapa de la filosofía busca afinar la mirada de modo crítico para asumir e interpretar los desafíos que encontramos en el mundo, dado que es éste el lugar privilegiado donde el jesuita colabora en la construcción del Reino de Dios. El magisterio es la etapa de síntesis en donde el servicio apostólico confronta al escolar con la dimensión espiritual e intelectual. La teología finalmente es una etapa de integración, entre la experiencia y la reflexión desde la fe, que concluye con la confirmación de servir desde el sacerdocio ministerial a la Iglesia universal en la Compañía de Jesús.

*nuestra formación
es para la misión*

No obstante todo lo anterior, en mi experiencia, la dimensión sacerdotal ha sido probablemente la más destacada de todas las dimensiones. El énfasis se puso en el tema de la afectividad *para* una buena recepción de la fe, la reflexión filosófica *para* un servicio efectivo, la misión *para* los pobres, y la vida comunitaria *para* vivir con los “amigos en el Señor”. Hago énfasis en la preposición *para*, que es una preposición de finalidad, porque precisamente la finalidad de mi formación ha sido para la acción, unas veces entendida como dedicación intensa a nuestras obras, o a la realización de las actividades sociales; pero raramente la acción comprendía la reflexión intelectual, la formación, la oración, la espiritualidad y el sacerdocio ministerial. Puedo afirmar que fui formado para la acción social.

En este enfoque de la formación, el sacerdocio es un servicio que cualifica las acciones de nuestras obras, y por ello aparece tener un papel secundario respecto a los distintos servicios o actividades. De modo tal que la formación acentúa la dimensión del apóstol como enviado por Dios a la misión, pero muy pocas veces se clarifica la relación entre el apóstol y la dimensión sacerdotal, dejando al escolar que de modo personal sintetice y elabore su significado. El vacío que existe no solo te hace dudar de la capacidad para

asumir el ministerio como señala la CG 34, sino que te cuestiona el sentido del sacerdocio en la Compañía de Jesús, sobre todo, si participas de apostolados que no integran de alguna manera explícita ésta dimensión. En mi experiencia desde la defensa y promoción de los derechos humanos no me fue fácil encontrar la relación del apóstol con la del sacerdote.

Según mi punto de vista el hecho de que no sea tan explícita en la formación la dimensión sacerdotal tiene que ver con el contexto social-cultural de nuestros países donde a veces se sobrentiende que la mayoría conocen el papel y función del sacerdote. Con esta base la formación del jesuita se centra en otras dimensiones de mayor conflictividad como podrían ser los votos religiosos o el aspecto afectivo de la persona. Aún así, es necesario repensar éste presupuesto de la formación, teniendo en cuenta que hoy vivimos inmersos en un proceso global de secularización, en donde las identidades nítidas, como la del sacerdote, están desapareciendo a causa de la pluralidad de manifestaciones religiosas que existen, de la participación activa del laico en las actividades que medio siglo atrás eran destinadas al sacerdote, de las influencias que recibimos de otros países a través de los medio de comunicación, y sin perder de vista

todos los escándalos sexuales tan publicados, que ponen en duda el sentido del sacerdocio hoy y sobre todo de los votos.

*los procesos de
incorporación a la
Compañía hoy tienden a
ser más abiertos*

Además, los procesos de incorporación a la Compañía hoy tienden a ser más abiertos; entran candidatos de otros espacios diferentes de aquellos tradicionales de donde nacían las

vocaciones, como eran nuestros colegios y obras, donde se suponía un conocimiento e identificación con el sacerdote jesuita y con el quehacer de la Compañía. Esto ya no es así. De mi generación por ejemplo, de los doce que entramos al noviciado ninguno provenía de los colegios jesuitas u obras, y solo uno estudió en un colegio de la Iglesia.

El hecho de que la Compañía se abra a la admisión de candidatos de distintos espacios culturales supone una pluralidad de visiones respecto al significado del ser religioso, sacerdote y jesuita, por lo que no asegura que el novicio que ingresa a la Compañía tenga una idea clara del jesuita. Donde se incorpora la experiencia del pre-noviciado, ésta te ayuda a acercarte y conocer un poco más la Compañía, pero aún así, creo que es necesaria la formación explícita de la dimensión sacerdotal pues ayudaría a clarificar el vínculo de

nuestra misión con la del sacerdote jesuita. Con esto no quiero decir que debemos resaltar el carácter sacerdotal de la Compañía, ni mucho menos restringir los criterios de admisión, pero sí crear una formación integral en donde las coordenadas comprendan a la persona en sus distintas dimensiones como también las dimensiones de nuestra misión, que a veces quedan en un segundo lugar.

Para terminar éste primer punto del marco general: creo que habíamos asumido la misión con los pobres de un modo comprometido y serio a partir de la CG32 (1974-75). Algún tiempo después reconocimos que ésta misión requería una madurez afectiva y se decidió incorporar en la formación el auto-conocimiento personal. Sin embargo el compromiso con los pobres y el acento en la madurez afectiva sin la sana integración en la fe vivida, llevan a veces, a un tipo de activismo y de psicologismo. Otra cosa es entender que se está formando al sacerdote, cuando se insiste en la sana integración del ser humano en sus aspectos psicológicos (auto-conocimiento, auto-control, afectividad, etc.) y en su sensibilidad social y en especial con los pobres.

Ser un buen predicador, un excelente confesor o un experimentado acompañante espiritual, son dimensiones todas que en Ignacio de Loyola y en los Primeros Compañeros fueron básicas, y que no por ello eliminó la dimensión social y tampoco los calificamos de monacales. Un ejemplo feliz de la integración fe-justicia del carisma ignaciano, que he podido vivir de cerca, suelen ser las misiones con los pueblos indígenas. Por esto mismo resultan atractivas para los escolares, pues al jesuita en este contexto se le ve con más facilidad como sacerdote, misionero, apóstol y apostólico, desde diversas formas y modos de actuar y relacionarse.

Lo que expongo se explica en mi caso, por el proceso vivido en la Compañía en donde he encontrado una formación, e identificación con la misión, que me ha exigido un proceso, en ocasiones bastante accidentado.

Precisamente en este contexto

quisiera tocar el segundo punto, compartiendo algunos rasgos de mi formación y poniendo énfasis en el carácter sacerdotal. Será un compartir más narrativo, tomando como estructura las distintas etapas de la formación desde el noviciado a la teología, pasando por una breve explicación de mi imagen del sacerdote antes de entrar en la Compañía. Yo no provengo de una formación jesuítica, lo

*el proceso vivido en la
Compañía en donde he
encontrado una formación, e
identificación con la misión*

que me obligó a reelaborar el sentido del sacerdote, del religioso y así construir el del jesuita.

Imágenes del sacerdote

Como muchos saben, México es un país de una fuerte tradición católica, pero social y políticamente nos regimos bajo los principios liberales, entre ellos el mal interpretado principio de la laicidad, que generó grandes tensiones entre la Iglesia y el Estado en el siglo pasado, y hasta en nuestros días. Sin embargo, existen algunas ciudades, como Guadalajara, que conserva una profunda tradición católica y la presencia de la Iglesia, con sus sacerdotes (religiosos o diocesanos) y religiosas, goza de un enorme aprecio y respeto, y en este contexto es donde nací hace treinta y cinco años.

En mis primeros años vi al sacerdote como el hombre dedicado al culto, a los sacramentos y las homilías dominicales. El Señor Cura de mi parroquia era un hombre delgado, de tez blanca y con un rostro solemne como los pilares de la iglesia; de una vida austera y de una pulcra imagen, como su devoción a María. Era todo un caballero respetado, pero uno no sabe si era por su profunda vida espiritual o por el terror a que te regañara. Ésta fue mi primera imagen del sacerdote.

A ésta imagen inicial se agregó otra, la de un fraile franciscano, pues tuve la posibilidad de participar en un grupo de niños y adolescentes, fundado por Fray Bernardino Mora y otros laicos, para colaborar con las misiones que tienen los franciscanos en la sierra con el pueblo indígena huichol. El P. Mora - como todos llamábamos al fraile - era un hombre anciano pero puedo testimoniar que llevaba una profunda vida espiritual, y que fue gracias a él como amplíe el horizonte sobre el significado del sacerdocio ministerial. El P. Mora era como un abuelo: el cabello blanco, con un rostro de paz y que siempre acogía, y gozaba al estar en medio de la gente pobre; el modo de tratarlos con sus saludos, las sonrisas y las pocas palabras.

Con el grupo de misioneros tuve la posibilidad de ir a la sierra cuando tenía como diez años de edad. La aventura de ir a la montaña y comer un delicioso consomé de pollo con un frío que te quemaba la piel y te quemaba los huesos, fue una experiencia espiritual: aprendíamos a orar la liturgia de las horas, a catequizar y a celebrar la eucaristía, algunas veces en la capilla de los frailes y en otras en la montaña. Toda una visión diferente de la que vivía en mi parroquia. A pesar de mi edad, ir de “misión” le daba un fuerte sentido a la vida pues regresaba a casa con el corazón renovado. Es viendo al P. Mora como

surgió el deseo de vivir así mi relación con Dios, con la gente pobre, en la misión y tratando de acoger a todos.

A estas dos imágenes del sacerdote, se agregó otra adquirida por la formación escolar. Todos mis estudios los realicé en la educación pública. Primero en la famosa escuela Manuel M. Diéguez, y la secundaria la realicé en la también más conocida Secundaria Mixta 5 en Zapopan, pero su popularidad era por los hechos violentos que ocurrían en el interior como en sus alrededores. El bachillerato y la carrera de Abogado los realicé en la Universidad de Guadalajara. Toda la formación pública lleva el sello de las ideas liberales, aureolada por una visión socialista que en algún momento tuvo la universidad. La imagen de la Iglesia y del sacerdote era diferente a la vivida. En la escuela estudiaba a los personajes eclesiásticos más representativos que influyeron en la política del país, algunos considerados verdaderos héroes y otros una jaula de mentirosos que vivían de ideas poco probadas, pero la característica común era que todos participaban políticamente.

Como podrán darse cuenta mi breve historia sobre la imagen del sacerdote pasa por tres modelos: el sacerdote del culto, el religioso sacerdote misionero y finalmente el “cura político”. Mi historia está saturada de experiencias de distintos colores y tonalidades, pues después del grupo de misioneros jamás volví a participar en alguna actividad o grupo parroquial, pero si me gustó y participé en la vida política escolar y partidista de mi ciudad. No cabe duda que Dios llama a los que Él quiere, y lo hace a través de la vida y hombres concretos. En estos trajines de mis veintidós años en medio de las diversas experiencias volvió con fuerza el deseo de ser como el P. Mora. Y la pregunta obligada es ¿por qué con los jesuitas y no con los franciscanos? Por la simple razón que en mi primer contacto con la Compañía pude encontrar las dos dimensiones del sacerdote que me apasionaron, la primera el carácter misionero (como el P. Mora), ir a aquellos lugares donde no hubiera otros para llevar la Palabra de Dios, y la segunda por la misión que incorpora la justicia para la gente pobre. En fin, me identificaba con algunas dimensiones de la Compañía y a la vez con los dones que Dios me había dado. Con estas imágenes y después de un proceso de acompañamiento por más de un año, ingreso en el noviciado.

Noviciado

En México, nuestro noviciado se encuentra en una pequeña ciudad dedicada a la actividad agrícola y comercial, que conserva una profunda raíz

religiosa así como estupendas tradiciones populares. Juan José Arreola, escritor mexicano en su libro *Confabulario* describe a Ciudad Guzmán como “un valle redondo de maíz, un circo de montañas sin más adorno que su buen temperamento, un cielo azul y una laguna que viene y se va como un delgado sueño”². De sus tradiciones religiosas el mismo autor trata, pero en otra novela titulada *La Feria*, donde habla de la gran fiesta de la ciudad en honor al Santo Patrono San José en el mes de octubre. *La Feria* es el acontecimiento que congrega a todo el pueblo, a todas las clases sociales y a todas las generaciones. En ésta fiesta se conjuga la devoción religiosa con el entusiasmo que favorece las más variadas manifestaciones y excesos, y en este contexto tan particular hice el noviciado.

El entonces maestro de novicios definió éste periodo como “la etapa del desierto”, y precisaba: “para orar y discernir la vocación a la Compañía de Jesús”. Este desierto, fueron años de grandes experiencias y de fuertes mociones internas. Los ejercicios espirituales, la experiencia de hospitales en el estado sureño de Chiapas, en un hospital que atienden ejemplarmente las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul con el pueblo indígena tzotzil, la experiencia de peregrinaje —que en México llamamos de trabajo o maquila— en la zafra, junto a cientos de hombres y mujeres indígenas que pasan largas jornadas de trabajo cortando la caña por un sueldo de hambre y una vida de muerte, y la pastoral penitenciaria que era mi servicio semanal. En fin, rostros, nombres, emociones y vivencias, todas ellas que me llevaron a experimentar una gran confirmación en la vocación de seguir a Cristo pobre y humilde. Aunque hubo momentos de grandes batallas internas donde mis ideas pretendían abatir, justificar y hacer desaparecer la llamada de Dios. Al final, el único cansado de luchar contra Dios y agonizante era yo, pues el Padre bueno ha sido paciente y misericordioso conmigo y lo ha sido a lo largo de todos estos años a pesar de mi testarudez.

En este periodo así lleno de movimientos internos el carácter sacerdotal lo discerní de modo implícito a través de los estudios del noviciado. Es cuando se profundiza en las distintas vidas de los jesuitas, que con su misión y obra han dado realce a nuestra Compañía, en la historia de la Compañía de Jesús, como se va descubriendo en los documentos, en las Congregaciones Generales y en las Constituciones, aparece la dimensión sacerdotal. Por otra parte no menos importante es el puntual servicio apostólico semanal, que consiste en enseñar la catequesis o las liturgias de la palabra, actividades que de alguna forma te

acercan a esta dimensión. En mi caso colaboraba en la Pastoral Penitenciaria junto con un grupo de laicos y con el P. Arteaga, encargado de la Pastoral Social de la Diócesis, y entre todos realizábamos diversas actividades. Esta experiencia apostólica fue de gran ayuda pues me permitió una relación con el presbítero diocesano y con laicos y laicas, dándome la posibilidad de identificar el carisma sacerdotal de la Compañía, reconociendo la diversidad y pluralidad de carismas que existen en la Iglesia y al mismo tiempo compartir con ellos la misma misión universal en el apostolado.

La experiencia implícita se hace manifiesta cuando llegas al momento de los Ejercicios Espirituales de mes. Este es el momento en el que concretas elegir, colaborar en la misión de la Compañía, asumiendo sus dimensiones con una serie de vivencias y aprendizajes personales, donde la vocación deja de ser sólo una idea para hacerla realidad conforme a la llamada personal de Dios. Pero no solo eliges colaborar con la misión, sino que con temor y temblor también eliges y afirmas la llamada a ser sacerdote. Los ejercicios espirituales fueron fundamentales para la vocación, como también una experiencia crucial que acompañó las etapas sucesivas.

En resumen la dimensión sacerdotal en el noviciado se vive de modo implícito en el programa de formación, donde el servicio apostólico tiene relevancia, y de modo explícito en los ejercicios espirituales.

Filosofado

El periodo de los estudios filosóficos tiene por objetivo que el escolar adquiera conocimientos que le permitan responder a los desafíos del mundo y de nuestra misión. Es la etapa en que regresas a un dinamismo social más activo, precisamente al mismo que tenías antes de entrar en la Compañía, pero ahora con una perspectiva puesta en Dios y una opción de vida que te ayuda a discernir la vida cotidiana. En mi caso fue regresar a mi ciudad natal, donde se encontraban mi familia y mis amigos, los ambientes y lugares en donde había trabajado, y por ello una buena posibilidad para escapar de la vida comunitaria o del apostolado. El regreso a las aulas universitarias fue un desafío, pero no menos fácil fue entrar al estudio de la filosofía pues no siempre las materias son espiritualmente

*una opción de vida que
te ayuda a discernir la
vida cotidiana*

TESTIMONIOS

confortables. Pero el verdadero desafío era conservar un cierto talante espiritual frente al acelerado ritmo de la ciudad, que te lleva a vivir apegado a los ritmos del tiempo para llegar a la universidad, a las comidas comunitarias, a las eucaristías, a las reuniones del apostolado, y comienzas por acortar el tiempo de la vida espiritual.

Debo aceptar que fue una etapa en que los estudios me afectaron profundamente, me sacudieron como quien toma un tapete sucio y comienza a sacudirlo contra un muro para que salga todo el polvo que había acumulado, y cuando comienzan a caer esos millones de frágiles residuos de entre las fibras, no se sabe si en medio de ellos también cae la fe. El sacudido era ya de por sí un terremoto intelectual, y a él se añadió el modelo de la formación mas bien centrada en la atención a la afectividad. Los restos de fe que quedaban se veían ensombrecidos por la duda y la inseguridad de saber si las heridas de la infancia me habían incapacitado para vivir y asumir la misión. Los filósofos jesuitas bien podríamos definirnos como hombres heridos por su infancia y bajo sospecha de no ser adecuados para la Compañía. Para completar el cuadro, me integré en un apostolado de mucha actividad, iba cada semana a asesorar jurídicamente en una organización a las personas que viven con el VIH-SIDA. Este servicio fue mi refugio para salir de todo aquello que me aturdí, y el encuentro con esa realidad dolorida me hacía vivir y encontrar los motivos que me llevaron a elegir el estar bajo la bandera de Cristo.

El periodo de estos años filosóficos terminó por debilitar la vida espiritual y nos redujimos a contemplar y sanar nuestros conflictos del pasado. Con esto no quiero quitar importancia al mundo socio-afectivo pero es importante señalar la necesidad de equilibrar e integrar este dinamismo con las otras dimensiones de la vida religiosa. La vida espiritual fue cada vez menos dinámica y más formal: un retiro, ejercicios espirituales y la misa cotidiana. El apostolado fue mi refugio y la relación con los otros escolares fue excelente, lo que permitió darle un aire de espontaneidad y gusto; pero la dimensión sacerdotal se esfumó en ésta etapa.

Magisterio

Terminada la filosofía pedí pasar al magisterio. En mi discernimiento inicial creía que la experiencia me ayudaría a retomar la vida espiritual y para ello pedí un servicio de tipo pastoral o educativo pues en ninguno de los dos había servido. El destino final fue el Centro de Derechos Humanos Miguel

Agustín Pro Juárez (Centro Prodh) en la ciudad de México. El Centro Prodh es uno de los centros sociales más relevantes que tiene la Compañía en México, y cuya misión es la atención para integrar a las víctimas de violaciones a los derechos humanos.

De Guadalajara me trasladé a la ciudad de México. El Centro Prodh me entusiasmó aunque sabía que era un centro que me implicaría en varios retos, en lo profesional y como religioso, pues se caracteriza por su ambiente secular. Junto a la obra me enviaron a una comunidad de inserción en una colonia popular que busca vivir la opción preferencial por los pobres, con un modo austero de vida y solidario con el mundo de los obreros. El destino apostólico en general, la obra y la comunidad, me parecieron un regalo que el Señor me daba para crecer y aprender como jesuita.

En la misión no existen paraísos, ni obras perfectas, y la mayoría de las veces tenemos que aprender a caminar con las adversidades que se nos presentan. Así fue en el Centro Prodh. La obra no pasaba por uno de sus mejores momentos, los colaboradores confiaban poco en los jesuitas y la situación económica no era de lo más deseable. Con el paso de los meses, el Espíritu me regaló una fuerte consolación que me dio la fe y la esperanza, así que en medio de una situación aparentemente conflictiva, se podía ver un horizonte para ir adelante y mejorar la obra. Cada día pedía a Dios por el Centro Prodh, ofreciéndoselo para que fuera El quien nos fuera guiando en la toma de las mejores decisiones, sabiendo que nuestros colaboradores y los jesuitas teníamos que poner todo de nuestra parte, pero que la última palabra la tiene Dios.

H. V. Urs. Balthasar dice que la vida espiritual no te lleva a vivir una vida cómoda o alejada del mundo, sino todo lo contrario, te coloca de tal manera que te lleva a sentir más profundamente las situaciones concretas. El Espíritu me guió y acompañó en éste proceso. Un aspecto que me daba consolación era ver que, con mis compañeros laicos y laicas, si bien no pronunciábamos la palabra Dios, yo sentía que lo vivíamos en el momento de compartir las esperanzas en la búsqueda de alternativas para una mejor defensa de los derechos humanos, pues en el fondo apostábamos juntos por la defensa de la vida de las personas víctimas de situaciones brutales; y yo estaba seguro que Dios nos ayudaba y alentaba.

*la vida espiritual no te
lleva a vivir una
vida cómoda o
alejada del mundo*

TESTIMONIOS

Recuerdo bien que un día estaba con uno de los abogados del Centro Prodh, en el funeral de un joven que fue herido de muerte, víctima de la brutal represión de la policía mexicana, y sentados en una cafetería de enfrente de la funeraria, comenzamos espontáneamente a charlar sobre la situación del centro, como si la muerte del joven nos moviera internamente a considerar también la posible muerte del Centro Prodh, y creo que los dos sentimos que la obra aún tenía algo que ofrecer frente a situaciones de injusticia como la vivida. En ese contexto Dios nos dio la luz necesaria para buscar alternativas y reformar la obra, y en una servilleta escribimos los cambios que era necesario realizar, y comenzamos a soñar. Nos bastó una servilleta de papel para esbozar los sueños y las esperanzas. Terminamos nuestro café y se acercó a saludarnos la hermana del joven muerto. El esbozo de sueño compartido lo guardé en la bolsa de mi pantalón, sin saber que días después, ese pequeño trozo de papel iba a ser el comienzo de una serie de cambios para reconstruir un servicio para la misión, que gracias a Dios hoy continúa.

La reforma impulsada me exigió largas jornadas de trabajo que no supe aprovechar adecuadamente. La tentación, creo, es inevitable en quienes participamos en el apostolado social. El problema es que conforme pasa el tiempo y las cosas no resultan como uno cree, la esperanza comienza a decaer y también uno cierra el corazón a Dios. Como Job le reproché a Dios su silencio, su pasividad, su debilidad y su incompreensión. Y como a Job, Dios me respondió diciéndome: ¿Intentas decirme que soy injusto? ¿Vas a condenarme a mí para salir tú absuelto? ¿Eres tan fuerte como Dios? Y frente a semejantes preguntas respondí: No, no soy tan fuerte. Perdona, no busco sustituirte por mis frágiles ideas esparcidas en pedazos frente al mal. Lo que sucede es que nada comprendo bien, intento torcer tus decisiones, hablo sin comprender, no sé en donde poner las decepciones y las situaciones negativas en una lucha que parece a todos justa y que te das cuenta que no es así, que otros tantos también quieren verte caído.

Como un adicto pasaba largas horas de trabajo, y para tranquilizar mi culpa, trabajaba más. Un día eran las doce de la noche, y estaba solo en el edificio de la oficina con luz encendida. Las cortinas de mi ventana estaban corridas, y eso me permitía mirar las ventanas del edificio de enfrente. Un edificio común, simple de cuatro pisos, y con la mirada puesta en él me preguntaba lo qué se sentiría llegar de nuevo a una casa y encontrarte con la pareja, con los papás, con los hermanos. Parecía que había olvidado lo que se siente ser amado por otra persona. Me preguntaba cuáles eran las emociones y los sentimientos que podían llevar a alguien a dejar para mañana la silla de la

oficina, la computadora y los informes, y salir corriendo porque hay otra persona que te espera, y tú quieres encontrarte con ella. La pregunta no era ociosa. En realidad era para recuperar un poco de la humanidad que había bebido en una de las tantas tazas de café. Por un momento me había olvidado de mí y que necesitaba de los otros: de Dios, de la comunidad, de los colegas de la obra, de amigos y familia; y reconocí que me había construido un dios a mi medida, que me exigía sacrificios que no podía llevar a cabo. En realidad era un dios desconocido, ajeno, extraño e inhumano. Y como un eco en mi interior resonaban las palabras del P. Arrupe: “Sin oración no son posibles ni conversión, ni evaluación, ni discernimiento, ni empeño apostólico”². Nada más cierto que esas palabras.

*“sin oración no son
posibles ni conversión, ni
evaluación, ni
discernimiento, ni
empeño apostólico”*

La desolación interna se oponía a lo que mis hermanos jesuitas decían. Aplaudían mi entrega por la obra social, reconocían mi trabajo y me animaban a continuar por ese camino. Sí, pero jamás pude decirles que me sentía en la más absoluta soledad, que callaba, trabajaba, y solo eso, trabajaba. Reconocí que el apostolado vivido de ésta forma tan inhumana no puede ser ni justo, ni bueno, ni social, puesto que no se identifica en nada con la misión y mucho menos con Dios. En realidad estaba entregando de nuevo la obra al mal espíritu.

Salir de ésta dinámica envolvente de actividad, silencio y aislamiento, fue posible gracias al Espíritu y a la memoria. En un momento de fuertes movimientos interiores me preguntaba por el Dios de la vida, y por todo lo que me había dado en los años precedentes, recordaba las motivaciones que me llevaron a aceptar el vivir el evangelio y el seguimiento a Cristo pobre y humilde. Entonces con humildad y fe en la oración, y como el ciego sentado en el camino le pedí a Dios: ¡Señor, ten compasión de mí, Hijo de David! El Padre Eterno que es bueno y misericordioso, de nuevo me tomó de la mano, me devolvió la vista y me acompañó para retomar el camino de la esperanza y la consolación por la opción de vida. Finalmente terminé aceptando que soy un ser pecador, pero por el amor a Cristo llamado a seguirlo.

La dimensión sacerdotal en el apostolado social tiene una forma particular de vivirse, sobre todo en ambientes secularizados. Si bien la obra no es una parroquia, sí es una comunidad unida por un mismo espíritu, que necesita ser acompañada. El jesuita realiza ésta dimensión con cada uno de los

*la dimensión sacerdotal
en el apostolado social
tiene una forma
particular de vivirse*

colaboradores, el acompañamiento en la enfermedad, la escucha atenta en las alegrías, compartir los logros y motivar en los fracasos, que en este servicio a veces son los frecuentes. El equipo del Centro Prodh pasaba más tiempo en la oficina que en nuestras casas, por ello, era en realidad una comunidad en misión,

unidos en la defensa de la vida de los perseguidos a causa de la justicia. Por otra parte me gustaba recibir a la gente que llegaba a llamar a nuestra puerta. Como jesuita el saber acoger con sencillez a los que viven maltratados, humillados, y en tantas ocasiones con dudas por su situación jurídica, es reconocer que los que tienes delante te los envía Dios, y que si estabas

en el Centro Prodh era porque Dios te los confiaba. Acompañar, escuchar y colaborar en la construcción del Reino de Dios con esperanza en la defensa jurídica de la vida de los pobres es parte de la dimensión social de nuestro ministerio sacerdotal.

En realidad el magisterio fue toda una etapa de aprender a confiar más en Dios que en mis propias teorías, de recuperar la importancia de la oración y de vivir mi vida religiosa entre un ambiente secular con gusto de mi vocación, y desde ahí mirar el sacerdocio como un servicio en donde eres mediación de Dios, aunque éste no se mencione. Concluí la etapa del magisterio agradecido a Dios por tantas experiencias y tanto bien recibido. Finalmente y para mi sorpresa el Provincial me destina a hacer los estudios teológicos en Roma, en la Universidad Gregoriana, y aquí comienza otra experiencia.

Teología

En ésta etapa, más allá de la novedad de encontrarme en un país en el que jamás pensé, y en particular en Roma, el Colegio Internacional del Gesù, como en otros teologados de la Compañía, te da la posibilidad de recoger los frutos de la etapa anterior y colocar gratamente toda tu experiencia en la perspectiva del ministerio sacerdotal ordenado. Las lecciones que tomamos en la Universidad Gregoriana tocan desde diversos ángulos la dimensión sacerdotal. No me ha resultado la experiencia sin embargo tan confortante como en la filosofía, aunque de modo más suave y quizás sutil me ha ayudado a clarificar la misión del sacerdote.

De los tres años que llevo en Roma el mes sacerdotal es el tiempo donde explícitamente te sitúas en tu historia y de nuevo ante la decisión de seguir el camino en la formación, pero ahora ya con vista al sacerdocio. El Colegio del Gesù, te facilita el mes sacerdotal en España y así aprovechamos para visitar lugares Ignacianos muy significativos para un jesuita.

*el recorrido ignaciano
es un viaje espiritual*

El recorrido ignaciano es un viaje espiritual. Ver lugares, iglesias, contextos donde San Ignacio vivió, fue un momento que me permitió encontrar de nuevo las raíces jesuitas y revivir mi propia experiencia. Y de todos los lugares que conocí, hay uno en el que he encontrado mayor consolación: el pequeño hospital «de la Magdalena» en Azpeitia. Es un lugar que contrasta con la majestuosa Basílica de Loyola. La Magdalena se encuentra situado en las faldas de una colina, en los márgenes de Azpeitia, escondido, en una esquina. Se puede pasar de largo sin prestar atención mayor atención por su sencillez.

En la Magdalena 'El Peregrino', en el año de 1535, enseñó la doctrina cristiana a los niños y predicaba los domingos³ y también realizó la misión de promover la justicia, como señala la autobiografía: que «se esforzó también para suprimir algunos abusos, y con la ayuda de Dios se puso orden en alguno (Aut. 88) persuadiéndolo al que tenía el cargo de la justicia»⁴. Sin duda alguna me identifiqué con éste lugar y con éste Ignacio.

De nuevo en los ejercicios espirituales del mes sacerdotal, recibí grandes confirmaciones. La primera de ellas era el sentirme confirmado en el servicio de los pobres desde el apostolado social, el afirmar el deseo de ser sacerdote para servir a la Iglesia y a la misión de la Compañía. Esto no porque la formación me lo pedía o a causa de que era el momento para pedir la ordenación, sino porque en mi experiencia no encuentro más que ese Amor que es digno de fe, el Cristo revelado, que aún en medio de mis luchas, discusiones y desolaciones, me acompañó todo el tiempo, y si el buen Padre hizo esto conmigo es porque sabiendo de mis muchos pecados sigue invitándome a caminar junto con él desde el servicio de la fe en Cristo que promueve la justicia para los pobres.

Recuerdo que el Padre Espiritual comentando mi discernimiento, me decía que confirmaba que veía una presencia de mi experiencia centrada en Cristo, y que por mi historia fuera y dentro de la Compañía tenía un don para servir desde el apostolado social, pero enfatizaba un punto que hoy recuerdo:

TESTIMONIOS

«lo principal del apostolado social es que tiene una dimensión profética, pues lo social no se reduce a la obtención de los bienes materiales que deben tener las personas pobres, sino también y en particular los jesuitas tenemos que ayudar a la liberación interior de las personas, lugar en el que se producen los verdaderos cambios». Afirmación que me dejó reflexionando, desde entonces procuro en la oración pedirle a Dios que me de esa gracia para saber acompañar y escuchar al pueblo.

La dimensión sacerdotal durante los estudios teológicos, sin duda alguna, es tema eje de esta etapa. Desde los estudios, la vida comunitaria y el mes sacerdotal te llevan a profundizar sobre ésta dimensión. Es una manifestación más clara y abierta. En ocasiones sin embargo, aquí se ensombrecen otras dimensiones como la apostólica. Estos tres años me han ayudado para orar y reflexionar sobre la dimensión sacerdotal como tal vez no lo hubiera hecho en otras condiciones.

Conclusión

1) Durante el proceso de mi experiencia, la dimensión sacerdotal en la Compañía de Jesús, se inicia con un ascenso desde cero y te llevará, través de las diversas etapas, a una identificación mayor con las dimensiones de la misión; lo que confluirá en un claro deseo de donar la vida a Dios a través de este ministerio ordenado. Como pueden ver en mi historia no existen grandes cursos de formación sobre ésta dimensión, sino solo un camino, básicamente arraigado en la centralidad en Cristo, en quien experimento una confianza plena.

2) Comencé éste compartir diciendo que un punto central en el noviciado fueron los ejercicios espirituales, y ahora puedo concluir diciendo que en los mismos ejercicios espirituales después de diez años de caminar y aprender a ser apóstol, misionero, sacerdote y compañero en la vida comunitaria, encontré en ellos el punto de integración en mi formación para la dimensión sacerdotal.

3) Desde el punto de vista apostólico y en particular desde la defensa y promoción de los derechos humanos, la dimensión sacerdotal de tipo litúrgico no siempre está presente. La obra es una comunidad en donde quienes colaboran con ella y con nuestra misión, debemos reconocer que nos llama el mismo espíritu desde diversas vocaciones, y como jesuita al saber escuchar, acompañar y acoger al otro, porque Dios también se manifiesta en él. Creo que como sacerdotes también esta es una característica, que no debemos olvidar, pues

solo al modo de Cristo tenemos la posibilidad de compartir nuestra experiencia de Dios y la espiritualidad.

4) La formación sacerdotal requiere de una clarificación y formación sólida a lo largo del tiempo y en cada etapa, que integre todas las dimensiones de la misión como también las de la persona humana, con profunda raigambre en la fe.

¹ Congregación General 35 de la Compañía de Jesús, Decreto I, 6.

² ARREOLA, Juan Jose, *Confabulario*, Editorial Planeta Mexicana, 1963, pág. 5.

³ Selección de Escritos del P. Peter-Hans Kolvenbach, 1997-2008, Edita: Curia del Provincial de España de la Compañía de Jesús, 2007, pag. 133